



HAL
open science

Territorio y nacionalismo en Argentina, 1880-1980: del espacio al cuerpo nacional

Ernesto Bohoslavsky

► **To cite this version:**

Ernesto Bohoslavsky. Territorio y nacionalismo en Argentina, 1880-1980: del espacio al cuerpo nacional. Encuentro de Latinoamericanistas Españoles (12. 2006. Santander): Viejas y nuevas alianzas entre América Latina y España, 2006, s.l., España. pp.1352-1362. halshs-00104225

HAL Id: halshs-00104225

<https://shs.hal.science/halshs-00104225>

Submitted on 6 Oct 2006

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

TERRITORIO Y NACIONALISMO EN ARGENTINA, 1880-1980: DEL ESPACIO AL CUERPO NACIONAL

Ernesto BOHOSLAVSKY
Universidad Nacional de General Sarmiento
ebohosla@ungs.edu.ar

RESUMEN: Esta ponencia procura rastrear la forma en que distintas corrientes nacionalistas argentinas (1880-1980) han imaginado al territorio. Especialmente, se pone hincapié en comprender las razones de la intensidad de las preocupaciones territoriales entre los nacionalistas y los *nation-builders*: esta intensidad, se hipotetiza, es más el resultado de la debilidad o ausencia de otros elementos identitarios sobre los que se pudiera sostener una supuesta nacionalidad argentina. Aun siendo el nacionalismo territorial un rasgo propio de la América hispana, hay que atender especialmente a la densidad de esta preocupación en el río de la Plata.

Palabras Clave: Territorio – Nacionalismo – Argentina – Identidad nacional – Siglo XX

Desde hace una más de década se ha intensificado el estudio de los grupos nacionalistas argentinos, especialmente de aquellos que alcanzaron cierta repercusión durante las décadas de 1930 y 1940 (Lvovich, 2001, 2003; Mc Gee Deutsch, 1999; Zanatta, 1996; Buchrucker, 1987; Bendicho Beired, 1999). Organizaciones, publicaciones y prácticas políticas de las diversas corrientes nacionalistas fueron investigadas, atendiendo tanto a sus vinculaciones con el mundo político local, como al contexto internacional. Entre los recursos doctrinarios y movilizadores descubiertos se cuenta el llamado “mito del complot”, que denuncia la existencia de un ejercicio conspirativo de izquierdistas (primero anarquistas y luego comunistas), judíos -a veces coligados con los masones o protestantes como serviles ayudantes-, Inglaterra, Estados Unidos o el Ejército chileno. El grueso de la literatura ha destacado la concordancia entre estos discursos y los que se desarrollaron en los ámbitos contrarrevolucionarios europeos de fines del siglo XIX (antisemitismo, anti-modernismo, clericalismo, etc.) e incluso con la retórica y estilo de los ideólogos nazis y falangistas (Bendicho Beired 1999; Waisman 1989; Ghio 1994; Rock 1987). El discurso del complot, surgido de los ambientes contrarrevolucionarios europeos *fin-de-siècle*, fue retomado por varios intelectuales y publicaciones argentinos desde fines del siglo XIX.¹ Salvo la curiosa síntesis entre la tesis de la conspiración mundial judía y el antiimperialismo de origen izquierdista (Buchrucker, 1987:148, 221), la bibliografía no ha detectado mucha originalidad en las versiones argentinas de ultraderecha. Lvovich (2001; 2003) le ha reconocido la capacidad para adaptarse a los temas locales, retomando imágenes y preocupaciones sociales coyunturales de manera estratégica.

Sin embargo, es posible considerar que este consenso historiográfico ha pasado por alto un aspecto de cierto relieve: la frecuencia de las connotaciones geográficas en los discursos nacionalistas, especialmente aquellos de tono conspirativo. La inquietud nacionalista por la integridad territorial apareció en varias ocasiones a lo largo del siglo XX sin que este punto haya sido notado con la debida atención por los historiadores ni haya recibido explicaciones cabales. En este trabajo se procurará mostrar la intensidad de la presencia territorial en la economía del discurso nacionalista argentino a lo largo del siglo XX y no sólo entre los que desarrollaron su militancia en la etapa de entreguerras. Como se espera mostrar, aclarar las razones de esta relación entre nacionalismo y territorio obliga a retrotraer la mirada hasta el siglo XIX y los procesos de constitución de la nación.

Al hablar de “territorio” no nos estaremos refiriendo lisa y llanamente a un espacio geográfico existente independientemente de quien lo observa, denomina y domina. Determinado territorio puede absorber múltiples significados e identificaciones en la medida en que está en disputa la definición de la pertenencia de/a ese territorio: la clave está en tener la capacidad para “establecer un afuera y un adentro” (Cairo Carou, 2000:109-110). Es por eso que el “territorio” está lejos de ser sinónimo de “espacio”: el territorio es, más bien, “la representación externa de las relaciones sociales de dominación y subordinación que los sujetos experimentan y viven en su cotidianeidad” (Delrio, 2005:19). Es el continente geográfico sobre el que se desarrollan experiencias y luchas sociales, pero simultáneamente es objeto de esas mismas disputas sociales: es a la vez el escenario y el motivo. No es el territorio un elemento inerte, con límites y pertenencias obvias: esos son criterios definidos por agentes sociales que están en permanente competencia (aplacada, larvada o desembozada) con otros criterios y con otras potenciales formas de agrupación y división territorial. Aquí se comparte la convicción de que el nacionalismo es un fenómeno profundamente territorial, como ha planteado Penrose (2003:283). Por lo tanto, la nación es un sujeto colectivo simbólico y material que interpela a los que residen en el “territorio nacional” (Delrio, 2005:19): el territorio de la nación simultáneamente marca fronteras entre adentro y afuera y homogeneiza lo contenido en el interior.

Una perspectiva de larga duración de los movimientos nacionalistas argentinos (Floria 1994) ofrece ciertas ventajas si se toman los recaudos del caso. Uno de ellos es asumir que la continuidad histórica que parece tener el nacionalismo en tanto actor político ininterrumpido por más de siglo no es tal, sino que es resultado de la opción metodológica de quien ha decidido estudiarlo de esa manera. Poco y nada tienen en común los nacionalistas liberales promotores del *nation-building* de fines del siglo XIX y los filo-nazis del diario *El Pampero*. Que ambos se auto-denominaran nacionalistas es el único criterio (formal, por otro lado) que permite agruparlos bajo una categoría común y rastrear su evolución

¹ El mito de la conspiración mundial judía ya es hallable en *La Bolsa* (1890) de Julián Martel. Pero ese discurso no tuvo entonces capacidad para influir en las políticas públicas ni para horadar el consenso liberal sobre la política migratoria de puertas abiertas según Halperin Donghi (1987:200-202).

y cambios en el período 1880-1980. Por lo demás, como se verá, la similitud de nombres esconde profundas divergencias ideológicas acerca de qué era la nación argentina, el peso de la iglesia católica y de la república en esa identidad y, lo que aquí nos convoca, la relación entre territorio y nación.

I- Territorio y nación: las dificultades para la legitimación de la nación argentina

Atender al peso de las dimensiones territoriales en la construcción identitaria argentina remite a un problema bastante complejo y de más larga data como es el *nation-building* de fines del siglo XIX. Desatados los procesos de independencia, los países de la América hispana se enfrentaron al problema de cómo construir naciones diferentes partiendo de un mismo tronco histórico (Guerra 1994; Quijada 2000:a33-47). Se trataba de fortalecer el argumento de la “diversidad de la población nativa” frente al resto de la *patria americana* (Quijada, 2000b:186) sin que eso implicara una rehabilitación social o histórica de los grupos subalternos contemporáneos (Cairo Carou 2000:112). A la hora de “individualizarse” y estimular su autoafirmación, cada una de las futuras naciones latinoamericanas recurrió a la historia (rescatando e inventando un pasado desde entonces titulado de “nacional”), a elementos culturales reales o imaginados, a la delimitación territorial y a una contraposición con identidades extranjeras. En algunos casos, las repúblicas emergidas del imperio español intentaron establecer líneas de continuidad entre el proceso de emancipación y la imagen de las “antiguas naciones” indígenas sometidas por la conquista (Quijada, 2000b:186). Esta operación contribuía a legitimar la independencia como una “rebelión justa” y además le brindaba “espesor temporal” a las nuevas naciones. Sin embargo, la sociedad argentina de fines del siglo XIX no tenía a mano muchos de esos recursos individualizadores o nacionalizadores:

a) el país no tuvo un perfil marcadamente católico a fines del XIX ni hasta muy entrado el siglo XX. En ese sentido, no podía invocarse la “tradicional fe argentina” como sustento de la nacionalidad. El proyecto, bastante exitoso por cierto, de re-evangelización desatado entre 1930 y 1955, daba cuenta, precisamente, de lo “apartado del rebaño de Dios” que se encontraban sus habitantes;

b) no había posibilidades de convertir a la lengua en la heráldica legitimadora de la nación: el castellano se hablaba de Tierra del Fuego al río Bravo. Las lenguas indígenas presentes en algunas provincias argentinas no tenían una difusión geográfica importante como para ser ensalzadas, “despertadas” o convertidas en atributos de identidad nacional;

c) la historia pre-colonial (más bien la historiografía e imágenes sobre las sociedades precolombinas) tampoco ofrecía demasiado material para recrear la idea de que los argentinos *descendían* de tal o cual “nación indígena” anterior a la llegada de Solís al Río de la Plata (Quijada 2000:a37). La arqueología argentina tampoco logró encontrar evidencias físicas que permitieran la invención de una *gran cultura* de la cual proclamarse heredero. Para la generación de intelectuales y políticos argentinos de 1837 “la nación era más un proyecto de futuro que un pasado” y el pasado no constituía “siquiera un punto de apoyo para construir alguna forma de culto cívico o para inventar una tradición en la que los habitantes presentes y sobre todo futuros pudieran reconocerse” (Devoto, 2002:3).

d) un discurso étnico que hablara de una argentinidad ya creada en la etapa colonial también parecía encaminado al sinsentido. Argentina tampoco había tenido la suerte de otras naciones latinoamericanas, que pudieron hacer una transición simbólica relativamente sencilla de la institucionalidad colonial a la republicana. La república de Chile, por ejemplo, no tenía grandes problemas en presentarse como descendiente “obvia” de la Capitanía de Chile. La República Argentina tenía inconvenientes más serios para ofrecer un relato sencillo de cómo llegó a ser lo que era, proviniendo del Virreinato del Río de la Plata o de las audiencias existentes en el siglo XVIII. Si alguna unidad política emergió en el Plata después de la ruptura del lazo con la Corona española, fue la provincia y no la nación. “Patria” hasta mediados del siglo XIX se refería, mucho más a la pertenencia provincial que a la nacional (Chiaromonte, 1989a:165; 1989b, 91-92). Después de 1820, en las provincias del Río de la Plata el concepto de soberanía que triunfó sostenía que ésta se encontraba fragmentada territorialmente entre las capitales provinciales y no entre los antiguos súbditos, como habría sostenido una perspectiva más rousseauiana (Chiaromonte 1983:101).

Paulo Cavaleri (2004:12) llegó a las mismas ideas sobre las dificultades para sustentar la existencia de la nación argentina: “A pesar de los esfuerzos de los hispanistas locales, la raza, la lengua o la cultura

evidenciaron ser criterios insuficientes para la fundación de la nacionalidad”. En definitiva, como expresaron Facchinetti y otras (1997:75), la cultura, la religión y la política anteriores a los procesos de independencia no ofrecían anclajes para “construir la diferencia” e imaginar la “personalidad nacional”. Y esto ha sido así a pesar de que los elementos a los que los nacionalistas han recurrido usualmente para legitimar la existencia de una nueva nación (historia, territorio y cultura) son por su propia naturaleza criterios manipulables e inestables (Cairo Carou, 2000:110). ¿Dónde se podía asentar, entonces, la nación? Sólo parecía quedar la geografía. Al igual que otros países que no lograban individualizarse por medio de su religión, etnicidad o lengua, en Argentina el territorio se convirtió en un elemento crucial de la identidad nacional (Cairo Carou 2000:112). La dificultad para encontrar o inventar elementos *objetivos* que fundamentasen la nacionalidad, terminó por sobre-dimensionar los rasgos territoriales en la definición de la nación argentina (así como en otros países de la región). Dada la inutilidad (en la lógica del proceso de creación/imposición de una nación) de la historia, así como de las identidades étnicas, el territorio compartido pasó a suplir la ausencia de mayores criterios identitarios. En la tarea políticamente crucial de auto-afirmación, como expuso Cairo Carou (2000:110), la territorialidad puede ser “sumamente útil”. La construcción del Estado nacional en el continente asociaba de manera ineludible los conceptos de nación y soberanía territorial: “en consecuencia, la ocupación de espacio y la integración territorial constituían requisitos fundacionales de los nuevos estados” (Urquiza 2001:165). Edmundo Heredia planteó que el nacionalismo latinoamericano se basa en un reclamo de ejercicio exclusivo de la soberanía territorial:

poseer y controlar un espacio de forma exclusiva daría a un Estado el título de propiedad sobre la población habitante de ese espacio y le otorgaría el derecho inquestionable de diseñar intelectualmente ese territorio, es decir: construir, sin obstáculos, una nacionalidad que dé sustancia al Estado nación (Ighina 2003:9)

En el caso argentino, la evidente inexistencia *cultural* de una nación -contemporánea con los discursos que sostenían enfáticamente lo contrario- forzaba una exacerbación de las preocupaciones territoriales y una acentuación de las obsesiones por “nuestra tierra”.² Especialmente intensa fue la preocupación por la argentinización de la población y del territorio en las últimas décadas del siglo XIX, cuando el fenómeno inmigratorio alertó a las elites estatales (Bertoni 2001). Como expuso Cavaleri (2004:13), fue a partir de entonces que “se desarrolló un culto enfermizo por la nacionalidad cuya soberbia alcanzó ribetes mesiánicos, asentada especialmente en le territorialidad”. Esta percepción, como señaló Cairo Carou (1995:85), contribuyó a crear en Argentina la idea de que los países vecinos tenían amenazado el territorio argentino, lo cual justificaba la organización de una poderosa maquinaria de guerra. Si la dominación territorial constituía el rasgo más evidente de la presencia del Estado nacional, las posibles modificaciones en la distribución de espacios (y mucho más sus reducciones) eran vistas como amenazas directas a la nacionalidad argentina (Facchinetti, 1997: 53).

II - Los *State-builders* de fin de siglo XIX: el territorio como espacio

Una mirada a los hombres que diseñaron y pusieron en práctica el primer proyecto de nación argentina en el último tercio del siglo XX evidencia que tenían una forma de mirar al territorio como “espacio”. El territorio era el soporte físico para el desarrollo de la vida nacional, una superficie sobre la que se desataría la fuerza creativa y productiva de los agentes individuales comprometidos con la ideología del Progreso. Asimilado a “desierto”, el territorio nacional era visto como un conjunto de recursos inexplorados, un espacio sub-poblado y sub-explotado que requería de brazos foráneos para brindar unos frutos que se consideraban tan ocultos como ilimitados. A fines del siglo XIX, el territorio no era considerado el cuerpo de la nación sino el espacio sobre el que ésta desarrollaba su vida. Es el suelo de la nación, es el ámbito físico sobre el que estaban vigentes los acuerdos constitucionales y el entramado legal que a éstos vehiculizaba, pero no residía allí ningún tipo de esencia telúrica o clave de la identidad nacional. Una concepción contractualista de la nación, orientada por un espíritu cercano al

² Es difícil encontrar mejores palabras para expresar esta idea que las de Quijada (2001b:217): “la homogeneización en la Argentina fue, como en todos los casos, un proceso de apropiación colectiva de un imaginario formado por autopercepciones que identificaban las distintas partes con una totalidad. Lo que diferenció a la construcción argentina de otras que partían de una estructura demográfica semejante, caracterizada por una notable heterogeneidad étnica, fue la radicalidad de la asunción del territorio como condición básica de integración de los elementos heterogéneos y su imposición por encima de todo otro tipo de articulación intergrupal”.

modelo francés, no le asignaba al territorio una significación particularmente relevante en términos de identidad nacional. En ese el modelo de nación “cívico-territorial” (Smith, 1990:9; Hobsbawm, 1989:157), los límites fronterizos señalan las marcas de la inclusión en el cuerpo político y en la identidad definida por el Estado más que el hogar de la nación. Según Penrose (2003:289), en esta forma de imaginar a la nación, son las fronteras del estado las que definen las nacionales. *Homeland* en esta mirada consiste mucho más en un estado de la ciudadanía, teóricamente separable de la nación y que se ha transformado en un atributo estatal.

El proyecto de Argentina de fines del siglo XIX, era cívico antes que étnico: todo aquello que implicara una definición demasiado estrecha o exclusivista de lo que los argentinos eran (o deseaban ser) corría el riesgo de caer en un vacío de significado. Antes que afirmar una particularidad nacional, los dirigentes e intelectuales del llamado “régimen oligárquico” (1880-1916) deseaban mostrar cuán profundamente inserto estaba el país en el mundo occidental. El territorio era el obstáculo a la vez que el soporte para que se desarrollara la experiencia histórica argentina. Los *state-builders* de mediados y fines del siglo XIX, de acuerdo con Floria (2003:3), procuraron sostener un nacionalismo en el que convergiera tanto la lealtad territorial como la institucional: la Constitución aparecía en este modelo como un “catecismo laico” a la vez que como un proyecto de nación territorialmente situado.

La inmigración europea, la modernización y la educación serían las claves, según esta elite gobernante, para ir modernizando una nación de individuos, sin ligazón étnica previa entre ellos. Esta modernización era un proyecto disponible para quienes habitaban *dentro de cierto territorio* y no necesariamente *dentro de cierta cultura*. Esta confianza plena en que el territorio cumpliría la tarea de argentinizar e integrar a la población a través de alguna operación mágica nunca bien descrita, es lo que Mónica Quijada (2000b:179) llamó la “alquimia de la tierra”. Si la nación podía aceptar como hipótesis de mínima el territorio compartido *hasta tanto* se obtuviera la definitiva homogeneidad étnica, no es de extrañar la robustez que tuvieron las preocupaciones geográficas de los nacionalistas a finales del siglo XIX y a lo largo de todo el posterior.³

Como se mencionó, ninguno de los elementos que el pensamiento romántico había utilizado para idear a una nación eran reconocibles o podían ser politizados como criterios identitarios, según Susana Torres. Los argentinos no estaban en el pasado sino en el futuro ya que “el Estado debía crearlos” (Torres 2004:85). Carente de cualquier sentido de pertenencia *völkisch*, esta idea de nación encajaba mucho mejor con una sociedad más preocupada por su futuro que por preservar el prestigio de un linaje cultural previo. Dentro del continente, Argentina se trataba de un país que, para bien o para mal, se reinventó en pocas décadas por razones entre las cuales la masividad de la llegada de inmigración europea probablemente fuera la mayor. En definitiva, los argentinos se decían desde principios del siglo XX “descendientes de los barcos”. Así, el país retuvo a cerca de tres millones de inmigrantes transatlánticos entre 1880 y 1914, que generaron una fuerte ruptura demográfica, política y, en lo que aquí preocupa, *simbólica*.

El “diseño territorial” decimonónico de la Argentina era más un proyecto de gabinete que la intelectualización o concreción de una situación *de facto*, proveniente de una comunidad cultural previa o una circunstancia histórica particular (Ighina, 2003:2). Era un “proyecto intelectual”, cuyo objeto estaba constituido por el espacio. El Estado argentino de fines del siglo XIX, entonces, no podía presentarse a sí mismo como la llegada a la mayoría de edad de la nación: su estructuración no derivó, como expuso Ocampo (2005:107), “de comunidades preexistentes”, sino de “la creación de aparatos burocráticos centralizados” que encararon tareas ligadas a la actividad económica, la organización de la guerra y la obtención del monopolio de la coerción interna.

III – Los nacionalistas 1910-1980: el cuerpo nacional amputado

Esta forma de imaginar la relación entre territorio y nación parece haberse agotado con el inicio del siglo. Ya para entonces estaba en buena medida asegurado el perfil productivo del país y su

³ Cavaleri (2004:12) se muestra más escéptico con respecto al éxito simbólico del contrato cívico nacional en el caso argentino. Ha señalado que el sobre-dimensionamiento de las preocupaciones territoriales fue producto de que “no cuajó la idea de un pacto ciudadano que uniera en una nacionalidad pluralista y tolerante a todos los hombres de buena voluntad, sin distinción de credo, lengua o cultura, que quisieran vivir bajo nuestra ley”.

vinculación comercial con el exterior. Sin embargo, a los primeros nacionalistas (también llamados “nacionalistas culturales”) de comienzos de la centuria comenzaban a preocuparle los precios sociales que se debía pagar por el ingreso acelerado, y en apariencia muy exitoso, a la modernización. En primerísimo lugar, le inquietaban los efectos indeseados de la llegada de la inmigración como podían ser la expansión de las ideologías izquierdistas, el desmembramiento de la identidad de “argentinos viejos” o el surgimiento de la “cuestión social”. En la serie de diagnósticos y revisiones que se ofrecieron del país, no quedó a salvo la forma de pensar la relación entre territorio y nación. Para el “nacionalismo cultural” que alentaban escritores de origen provincial como Ricardo Rojas y Manuel Gálvez, la inquietud ligada al territorio tenía que ver con dos elementos: por un lado, el desconocimiento geográfico que los argentinos tenían de *su* tierra y la percepción del suelo como formador de identidad nacional.

La ignorancia o “inconciencia del territorio” al decir de Rojas -décadas después entendida como desidia-, era una evidencia de la necesidad de inyectar desde el Estado un cemento social frente a la Babel urbana. La “alquimia de la tierra” parece haber perdido atractivo como proyecto asimilador, pues se creía que era necesaria una intervención más intensa de la administración nacional y sus agencias educativas. Como expresaba Rojas en *La Restauración nacionalista* (1909)

“el cosmopolitismo en los hombres y las ideas, la disolución de viejos núcleos morales, la indiferencia para con los negocios públicos, el olvido creciente de las tradiciones, la corrupción popular del idioma, *el desconocimiento de nuestro propio territorio*, la falta de solidaridad nacional, el ansia de la riqueza sin escrúpulos, el culto de las jerarquías más innobles, el desdén por las altas empresas, la falta de pasión en las luchas, la venalidad del sufragio, la superstición por los nombres exóticos, el individualismo demoledor, el desprecio por los ideales ajenos, la constante simulación y la ironía canalla –cuanto define la época actual–, comprueban la necesidad de una reacción poderosa a favor de la conciencia nacional y de las disciplinas civiles” (énfasis añadido)

En esta línea de pensamiento, el territorio fue crecientemente incorporado como un elemento definidor de una identidad nacional orgánica, alejada de la concepción cívica y laica que se había impuesto desde mediados del siglo XIX (Cárdenas y Payá, 1978). Especialmente fue el caso de Rojas y su “mito fluvial” (como aparece en *Eurindia*), definiendo a la argentinidad por el diálogo entre las fuerzas telúricas, el indio y el conquistador español. Al igual que para Manuel Gálvez, el proyecto histórico-político a seguir no consistía en eliminar todos aquellos rasgos particulares que separaban a Argentina de la experiencia civilizatoria (como había pretendido el orden oligárquico impuesto desde 1880 en adelante) sino en exaltar y conservar las diferencias de la argentinidad con respecto al resto del mundo (Delaney 2002:632). De acuerdo con Delaney, Gálvez creía que lo extraordinario de Argentina emergía de la mezcla racial con la población indígena y del impacto de los rasgos geológicos particulares del continente americano.

El “nacionalismo de los nacionalistas” de la década de 1930 heredó del previo “nacionalismo cultural” la inquietud por la inmigración y los extranjeros, pero también la pregunta por la integridad territorial. Esa ola nacionalista, que encontró su nacimiento con el periódico *La Nueva República* (1927), planteó al consenso liberal-republicano que por más de medio siglo había guiado al país, objeciones profundas. En primer lugar, se contaba su abierto desprecio por el régimen democrático-liberal, las izquierdas y la vida parlamentaria, su promoción del corporativismo y el antisemitismo y una defensa cerrada del orden católico. Hacia la década de 1940 grupos nacionalistas más radicalizados incorporaron elementos ideológicos más cercanos a las preocupaciones populares, incluyendo cierta retórica obrerista y plebeya y la denuncia de la dependencia económica de Inglaterra. Estos grupos de extrema derecha estaban influidos por el arsenal ideológico maurrasiano que incluía la promoción de una cruzada anti-decadentista y una fuerte tonalidad conspirativa: esta mirada constituía la llave maestra de su interpretación histórica y de su propuesta política (Lvovich 2003; Floria 1994; 2003). Sirviéndose de un mito del complot desarrollado en buena medida a partir de materiales de la extrema derecha europea, los nacionalistas de entreguerras procuraban unificar todos los “males” argentinos, entre ellos el “cerco territorial” creado por los países limítrofes.⁴ Desde mediados de los `40 se fue gestando, sostiene

⁴ La postura de la “Argentina víctima” de expropiaciones territoriales se topaba en Chile con ideas similares (Lacoste, 2001:190; Arriagada, 1986:126).

Escudé (1988), una marcada conciencia de *mutilación territorial*, expresada en la institucionalización del reclamo argentino sobre las islas del Atlántico sur y el territorio antártico. Esta visión geopolítica promovía una imagen de Argentina víctima de la voracidad extranjera y condenada a repetir la tragedia del cercenamiento espacial.

La convicción de que Argentina no tenía un lugar en el orden económico internacional después del *crack* de Wall Street generó un temor extendido, que comenzó a socavar la hasta entonces sólida convicción sobre el venturoso futuro nacional. El balance de la historia nacional era menos positivo que cuando el crecimiento agro-exportador marchaba viento en popa. La interpretación nacionalista de la historia implicaba un rechazo *in toto* de la experiencia liberal-republicana iniciada en 1853. El escaso éxito político llevó a los nacionalistas a refugiarse aun más en su particular interpretación histórica, un auténtico “combate por la historia”. En este discurso la elaboración del pasado nacional se convirtió en un elemento de propaganda política que articulaba el diagnóstico decadentista sobre la actualidad y la necesidad de renovación del orden republicano. Se trataba de construir una contra-historia que impugnase y desplazase a lo que se consideraba la historia oficial y liberal. En esta historia, los complotos protagonizados por una oligarquía *árpaya*, aliada del imperialismo anglosajón, eran la clave para la comprensión del pasado y el presente argentino. La aceptación de las fuerzas modernas, laicas y democráticas lanzadas en 1789, sostenían, habría conducido el país a una degradación nacional de múltiples dimensiones.

En primer lugar era una decadencia *política* causada por el “liberalismo protestante” y la demagogia democrática, que le daba el poder de decisión a unas masas incultas. La decadencia política se expresaba en que la sociedad estaba infiltrada por el comunismo, el laicismo y otras formas disolventes de la sociedad tradicional y no podía asegurar la unidad nacional por su énfasis en el individuo. En segundo lugar, era una degradación *económica* (en clave antiimperialista y/o antisemita). Aunque no era unánime entre los nacionalistas, en la década de 1940 la impugnación del modelo agroexportador y la dependencia de Inglaterra se tornó una señal de identidad clara. En tercer lugar, era también una decadencia *socio-cultural*, que se expresaba con una defensa de las jerarquías tradicionales y los valores católicos y en muchos casos, en un tono antimoderno. El régimen democrático, decían, no tenía en cuenta el peso específico que la vieja elite se había asignado a sí misma y había profundizado la división entre Estado e Iglesia. La apertura irrestricta a la inmigración internacional había generado la aparición de razas e ideología “indeseables” al Río de la Plata, que desafiaban o desconocían las estructuras tradicionales.

Una de las muestras de la ceguera política de la clase dirigente, entendían los nacionalistas, se expresaba en que habían permitido que el cuerpo de la nación sufriese amputaciones territoriales.⁵ Esas interpretaciones históricas y geográficas, que luego pasaron a los textos escolares, señalaban que el internacionalismo y el pacifismo de los dirigentes políticos de la segunda mitad del siglo XIX eran responsables de que Argentina hubiese “perdido” los territorios de Bolivia, Paraguay y Uruguay y el Estrecho de Magallanes. Algunos textos nacionalistas llegan a sostener que todo el sur chileno, desde Concepción al sur, era parte integral del Virreinato del Río de la Plata, y que Chile se lo “birló” a los argentinos -como recordó Escudé (1987:130), en estos discursos se “olvidaban” las expansiones territoriales argentinas-. Este punto permite entender el militarismo y el imperialismo que Bendicho Beired (1999:155) encuentra en el nacionalismo argentino de 1930 y 1940, como resultado de un “sentimiento reactivo en relación a las pérdidas territoriales del virreinato del Río de la Plata”. El “régimen demo-liberal” no sólo sometió a Argentina al capital extranjero y al “veneno del comunismo ateo”, sino que fue incapaz de asegurar la integridad física del país y de estimar los riesgos y amenazas militares que acechaban a la nación.⁶

Los nacionalistas argentinos insistían con expresar la convicción de que serían prontamente

⁵ “¡Cereales, campos, fábricas, petróleo, todo, todo lo están acaparando! ¡Todo, todo, ya les está perteneciendo! Por lo pronto caben preguntas ¿De quién son las Malvinas? ¿De quién es el Chaco? ¿De quién la Patagonia? ¿Hay en ellos demasiados intereses del judaísmo, como para seguir tranquilos pensando que son nuestros!” (Wilet 1934)

⁶ Como expresó uno de sus voceros, la democracia era incompatible con la vida católica pero también era incapaz de reconstituir la integridad territorial argentina: “coloca a la Iglesia en dependencia del Estado [...] crea una civilización mecánica y no espiritualista [...] Difunde el adulterio con el divorcio [...] Mata la inocencia de las criaturas con sus cines, teatros y playas [...] Produce la miseria, el hambre y la desesperación de miles de hombres honestos y trabajadores [...] Con la libertad del pensamiento abre las puertas al comunismo [...] Divide a los argentinos en partidos políticos antagónicos [...] semilleros de ventas de hombres y de patria. Deja a las Malvinas en manos extranjeras [...] Supedita la producción nacional al imperialismo extranjero” (*Clarínada*, 6/10/1937).

objeto de un *blitzkrieg* que resultaría exitoso dados el cosmopolitismo y el pacifismo paralizantes que reinaban en el país. Debe destacarse que la preocupación por cuestiones territoriales descansaba también en su utilización como instrumento de pedagogía política. Las menciones a las “pérdidas” territoriales a lo largo del siglo XIX permitían *probar* lo espacialmente avanzado y temporalmente extendido de la decadencia nacional. El territorio era una dimensión de la existencia nacional que permitía una evidente demostración no ya de la existencia sino más bien de la fortaleza del complot anti-argentino.

Hay corrientes nacionalistas en América Latina que, como expuso Heredia, “consideran que la nación consiste casi exclusivamente en poseer y controlar un territorio”: conservarlo vale los mayores empeños, aun el de “supeditar a ello todas las otras cuestiones y problemas de la vida social, económica y política” (Ighina, 2003:9). Esta concepción sacralizada del territorio ayuda a entender por qué algunos sectores nacionalistas del Cono Sur consideran a los límites nacionales inamovibles: se cree que en caso de sufrir un desplazamiento, se estaría poniendo en peligro “la base fundamental del Estado, la identidad y la integridad nacional” (Lacoste 2003:35; cfr. también Minvielle y Zusman, 1996). En discursos nacionalistas argentinos del segundo y tercer tercio del siglo XX, el territorio era metamorfoseado como el cuerpo de la nación, un cuerpo que había sido mancillado desde 1853 por los extranjeros y el enemigo interno.

El territorio pasó a constituir una preocupación central de los nacionalistas y de la corporación castrense en el medio siglo posterior a 1930. No sólo se encontraba en el centro de la impugnación anti-decadentista de los nacionalistas financiados por la embajada nazi en Buenos Aires, sino que permaneció durante décadas. No es ocioso recordar que desde inicios de la década de 1970 comenzó a ser difundido por grupos de extrema derecha la versión de que los judíos deseaban constituir un nuevo Estado de Israel en la Patagonia. La superchería en cuestión llevaba el nombre de “Plan Andinia”, y puede ser hallada en la actualidad en múltiples sitios *web* neonazis. El “Plan Andinia”, un documento en la línea de los *Protocolos de los Sabios de Sión*, fue difundido por el ultranacionalista y anti-peronista Walter Beveraggi Allende desde fines de la década de 1960 (Senkman 1989:115). Esta versión fue creada, alentada y difundida por voceros de la extrema derecha y circuló por las Fuerzas Armadas, sin que hasta el momento haya desaparecido, como demostró el escándalo en torno a las declaraciones del teniente general Bendini en 2003.⁷

El supuesto “Plan” reproduce las instrucciones que un tenebroso rabino Gordon habría dictado a los dirigentes judíos de la Argentina, atendiendo a la necesidad de conquistar los territorios del sur para crear un segundo Estado de Israel. (D.A.I.A., 1972:39). El “Plan” consistía en apoderarse de una extensión del territorio argentino, abarcando toda la cordillera y las provincias aledañas, con un puerto internacional en Bahía Blanca. Se incluía la conversión de la Antártida en un gigantesco *freezer* para almacenar granos y la construcción de ciudades e industrias subterráneas en la Cordillera, “inexpugnables hasta para la misma bomba atómica”.

IV – Conclusiones: nacionalismo y territorio

¿Cuál es la razón de la desmedida preocupación nacionalista por la cuestión territorial en Argentina? Uno de quienes más ha investigado sobre estos rasgos es Carlos Escudé, quien hace casi veinte años llegó a interesantes conclusiones sobre esta “hiper-conciencia territorial”, señalando que el nacionalismo y la diplomacia argentinos han tenido una endémica vocación por generar una sobredosis de conflictos territoriales. Según Escudé (1988:141 y 152), se trata de una *misperception* basada en la idea de que en el siglo XIX se sufrieron pérdidas territoriales sustanciales, cuando en realidad se obtuvieron notorias ganancias (Formosa, Patagonia, Misiones, etc.). Este autor pensaba que de la gran cantidad de litigios territoriales (con Chile, Malvinas, sector antártico), se podía inferir que “las motivaciones vinculadas objetivamente al estímulo económico o al poder frente a otros estados están ausentes” (Escudé 1987:97). Para explicar esta obsesión Escudé se pregunta si los argentinos no poseen el mismo *instinto territorial* de los primates superiores (!) o si sufrían un sistema educativo que no incentivaba el pensamiento crítico y tendía a repetir *dichés* nacionalistas (Escudé 1987:14). El resultado es la vigencia del “nacionalismo territorial en su forma más pura, primitiva y extrema” que se expresa en el

⁷ “El jefe del Ejército busca las pruebas”, *Infobae*, Buenos Aires, 12 de septiembre de 2003.

adocctrinamiento sistemático para un “proyecto expansionista” no sólo irrealizable sino innecesario (Escudé, 1987:102).

Considero, por el contrario, que la asiduidad de las cuestiones territoriales entre los nacionalistas obedece a otras causas. No creo que sea evidencia de una mayor cercanía a los gorilas ni de una educación con valores no meritocráticos sino el resultado de las dificultades encontradas por el propio discurso sobre la nación argentina a fines del siglo XIX para obtener legitimación y para sustentar en otros elementos histórico-culturales la existencia de la nación en ese período. Los *state-builders* argentinos de fines del siglo XIX, como en el resto del mundo, descubrieron o “inventaron” una serie de valores compartidos por los habitantes de la nación. Parecería que los ya mencionados problemas hallados tras la batalla de Caseros (1853) para sustentar en elementos histórico-culturales la existencia de la nación, así como la asunción de un modelo cívico-territorial de la nación, terminaron por sobredimensionar los rasgos territoriales para la propia definición de la nación argentina. La ausencia *cultural* de una nación forzaba una exacerbación de las preocupaciones territoriales.

Desde los precursores que, como Ricardo Rojas en 1910 se preocupaban por la unidad geográfica hasta la invención del *Plan Andinia* por parte de Beveraggi Allende en 1971 una misma inquietud por la integridad territorial recorre estos discursos nacionalistas. A los nacionalistas de la década de 1930 y 1940 no sólo les preocupaban los riesgos de una secesión territorial sino que se planteaban la necesidad de combatir contra “males” más profundos, como el “régimen demo-liberal”, la dependencia económica de Inglaterra, el comunismo y el laicismo. Claro está que hay obsesiones del nacionalismo argentino que no son territoriales, pero éstas no fueron asumidas por todos los nacionalistas (ni de la misma manera). En cambio, con respecto al territorio no parece haber disensos importantes dentro del nacionalismo. El “nacionalismo de los nacionalistas” heredó de la generación anterior la inquietud por la inmigración y los extranjeros, pero también recibió la preocupación por la integridad territorial argentina, siendo la Patagonia el espacio central de esta tensión. Esta “obsesión territorial” se expresaba en una hiper-sensibilización de las cuestiones limítrofes, en un expansionismo cartográfico y en la elaboración de una imagen del enemigo que se articulaba sobre muchas nociones territoriales (Lacoste 2003). Con esta idea no se ha querido sugerir que las distintas corrientes nacionalistas argentinas desarrolladas en el siglo XX deban ser entendidas *intrínsecamente* como ideologías territoriales (Nadal, 1986). Ni siquiera se postuló que la cuestión geográfica fue la más angustiante o recurrente de las preocupaciones nacionalistas. Es claro que hubo temas más prioritarios y más visitados por los discursos conspirativos, pero lo que se desea expresar es la necesidad de prestar más atención a la densidad de esta “inquietud territorial” en los escritos y textos nacionalistas.

Con esta ponencia también he procurado llamar la atención sobre una alteración muy notoria de la percepción nacionalista del territorio en Argentina. Si inicialmente se consideraba al territorio como un soporte físico de las relaciones sociales y públicas mantenidas por los habitantes del país, después de 1910 se pasó a defender una percepción completamente distinta. Esta segunda forma de entender el territorio, fue inicialmente postulada por el nacionalismo cultural de Rojas y Gálvez, y posteriormente acentuada por las posteriores generaciones nacionalistas. El territorio era algo distinto a la superficie y la batería de recursos naturales: era una dimensión relevante, a veces crucial, de la identidad nacional. De alguna manera, este tránsito tiene similitudes con el que ha descrito Jan Penrose (2003:283), tránsito por el cual en las naciones modernas el territorio ha dejado de expresar una de las dimensiones de la vida personal y se ha transformado en “the primary and overriding factor in defining the person”. En lugar de ser el espacio recortado sobre el que se desarrollaba cierta expresión cultural, el territorio pasó a ser considerado *la* base fundamental de las identidades grupales e individuales.

Bibliografía.

- ARRIAGADA, Genaro. *El pensamiento político de los militares*. Santiago: Aconcagua, 1986.
- BENDICHO BEIRED, José Luis. *Sob o signo da nova ordem. Intelectuais autoritários no Brasil e na Argentina (1914-1945)*. São Paulo: Loyola, 1999.
- BERTONI, Lilia Ana. *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2001.
- BUCHRUCKER, Cristián. *Nacionalismo y peronismo. La Argentina en la crisis ideológica mundial (1927-1955)*. Buenos Aires: Sudamericana, 1987.
- CAIRO CAROU, Heriberto. Jano desorientado. Identidades político-territoriales en América Latina. *Leviatán*, 79, 2000.
- CAIRO CAROU, Heriberto. *La construcción social del conflicto territorial argentino-británico*. Iria Flavio: Editorial Novo Século, 1995.
- CÁRDENAS Eduardo y Carlos PAYÁ. *El primer nacionalismo argentino*. Buenos Aires, 1978.
- CAVALERI, Paulo. *La restauración del Virreinato. Orígenes del nacionalismo territorial argentino*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes, 2004.
- CHIARAMONTE, José Carlos. La cuestión regional en el proceso de gestación del Estado nacional argentino. Algunos problemas de interpretación. En ANSALDI, Waldo y MORENO, José Luis. *Estado y sociedad en el pensamiento nacional*, Buenos Aires: Cántaro (1989a)
- CHIARAMONTE, José Carlos. Formas de identidad en el Río de la Plata luego de 1810. *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. E. Ravignani*, 3ª serie, 1, 1er semestre (1989b).
- CHIARAMONTE, José Carlos. El federalismo argentino en la primera mitad del siglo XX. En CARMAGNANI, Marcello. *Federalismos latinoamericanos. México, Brasil, Argentina*, México: Fondo de Cultura Económica, 1983.
- D.A.I.A. *Versión argentina de la Mayor Superchería del Siglo. Radiografía del "Plan Andinia" y de otros infundios*. Buenos Aires, 1972.
- DELANEY, Jean. Imagining *El Ser Argentina*. Cultural Nationalism and Romantic Concept of Nationhood in Early Twentieth-Century Argentina. *Journal of Latin American Studies* (34:6), 2002.
- DELRIO, Walter Mario. *Memorias de expropiación. Sometimiento e incorporación indígena en la Patagonia, 1872-1943*. Universidad Nacional de Quilmes: Bernal, 2005.
- DEVOTO, Fernando. *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2002.
- ESCUDE, Carlos. Argentine Territorial Nationalism. *Journal of Latin American Studies* (20-1) 1988.
- ESCUDE, Carlos *Patología del nacionalismo. El caso argentino*. BA: Tesis e Instituto Di Tella, Buenos Aires, 1987.
- FACCHINETTI, Graciela y otras. *Patagonia. Historia, discurso e imaginario social*. Temuco: Ediciones Universidad de la Frontera, 1997.
- FLORIA, Carlos. Análisis político del nacionalismo argentino. Ponencia en el Congreso *La construcción de las identidades nacionales en el mundo hispánico*, Valencia, 2003.
- FLORIA, Carlos *El nacionalismo como cuestión transnacional. Análisis político del nacionalismo en la Argentina contemporánea*. Working Paper Series, 210. Washington: Woodrow Wilson International Center, 1994.
- GHIO, José María. La cuestión nacional y la cuestión judía en el pensamiento católico argentino de principios de siglo. En GUREVICH, Beatriz y Carlos ESCUDE, *El genocidio ante la historia y la naturaleza humana*. Buenos Aires: G.E.L., 1994.
- GUERRA, François-Xavier. Introducción. Epifanía de la nación. En GUERRA, François-Xavier; QUIJADA, Mónica. *Imaginar la nación*, Cuadernos de Historia Latinoamericana. Hamburgo: Asociación de historiadores latinoamericanistas europeos, 2, 1994.
- HALPERIN DONGHI, Tulio. ¿Para qué la inmigración? Ideología y política inmigratoria en la Argentina (1810-1914). En su *El espejo de la historia*. Buenos Aires: Sudamericana, 1987.
- HOBBSAWM, Eric. *La era del imperio (1875-1914)*. Barcelona: Labor, 1989.
- IGHINA, Domingo. Nación, territorio y construcción de identidades: el relato de la nacionalidad argentina de Ricardo Rojas. Ponencia en el Congreso *La construcción de las identidades nacionales en el mundo hispánico*, Valencia, 2003.

- LACOSTE, Pablo. Mapas territoriales e imágenes del país vecino: el caso de Argentina y Chile. En BANDIERI, Susana. *Cruzando la cordillera... La frontera argentino-chilena como espacio social*, Neuquén: Universidad Nacional del Comahue, 2001.
- BANDIERI, Susana. *La imagen del otro en la relaciones de la Argentina y Chile (1534-2000)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica-Universidad de Santiago de Chile, 2003.
- LVOVICH, Daniel. Nacionalismo y antisemitismo en la Argentina, 1890-1945: representaciones, discursos, prácticas. Universidad Nacional de La Plata (tesis de doctorado), 2001.
- LVOVICH, Daniel. *Nacionalismo y antisemitismo*. Buenos Aires: Javier Vergara, 2003.
- MC GEE DEUTSCH, Sandra. *Las derechas. The Extreme Right in Argentina, Brazil and Chile, 1890-1939*. Stanford, 1999.
- MINVIELLE, Sandra y ZUSMAN, Perla. Someter al indígena para fundar la nación. Aproximación a los argumentos que sustentaron la política de organización de colonias indígenas (1884-1885). *Geographikós. Una revista de Geografía*, (6-7), 1996.
- NADAL, Francesc. Los nacionalismos y la Geografía. *Geocrítica*, 86, marzo 1990.
- OCAMPO, Beatriz. Discursos y narrativas culturalistas. Canal Feijóo y la construcción de la nación. En FREDERIC Sabina; SOPRANO, Germán. *Cultura y política en etnografías sobre la Argentina*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes, 2005.
- PENROSE, Jan. Nations, states and homelands: territory and territoriality in nationalist thought. *Nations and Nationalism*, (8:3), 2003.
- QUIJADA, Mónica. El paradigma de la homogeneidad. En QUIJADA, Mónica y otros. *Homogeneidad y nación con un estudio de caso: Argentina, siglos XIX y XX*. Madrid: CSIC, (2000a).
- QUIJADA, Mónica. Imaginando la homogeneidad: la alquimia de la tierra. En QUIJADA, Mónica y otros. *Homogeneidad y nación con un estudio de caso: Argentina, siglos XIX y XX*. Madrid: CSIC, (2000b).
- ROCK, David. Intellectual Precursors of Conservative Nationalism in Argentina, 1900-1927. *Hispanic American Historical Review* (67:2), 1987.
- SENKMAN, Leonardo. El antisemitismo bajo dos experiencias democráticas: Argentina 1959-1966 y 1973-1976. En su *El Antisemitismo en la Argentina*. Buenos Aires: C.E.A.L., 1989.
- SMITH, Anthony. *National Identity*. Londres, 1990.
- TORRES, Susana. La Patagonia en el proceso de construcción de la nación argentina. En VERNIK, Esteban. *Qué es una nación. La pregunta de Renan revisitada*. Buenos Aires: Prometeo Libros, 2004.
- URQUIZA, Emilia. Tras las *Huellas* de la ciudadanía en un territorio de frontera. *Cuadernos del Sur*, 30-31, 2001.
- WAISMAN, Carlos. La ideología del nacionalismo de derecha en Argentina: el capitalismo, el socialismo y los judíos. En SENKMAN, Leonardo. *El Antisemitismo en la Argentina*. Buenos Aires: CEAL, 1989.
- WILET, Oscar. *El Peligro del Imperialismo judío*. Buenos Aires, 1934.
- ZANATTA, Loris. *Del estado liberal a la nación católica. Iglesia y ejército en los orígenes del peronismo, 1930-1943*. Avellaneda: Universidad Nacional de Quilmes, 1996.